

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8348

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRUCION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Estranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRUCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 5 Septiembre de 1889

ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salvo, esbelto y magnífico coloso,
De la moderna industria hijo querido;
Férreo brazo á las nubes extendido
Por este siglo que será famoso!
Síntesis del trabajo victorioso,
Yo, humilde obrero, ante tus pies rendido,
Saludo al genio en tí, que ha concebido
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!
En honor á tu altiva prepotencia
Pulsa la lira este modesto vate;
Grande eres, lo confieso en mi conciencia;
Mas, debo aquí decir para remate
Que también lo es *El Barco de Valencia*,
Soberbia torre Eiffel del Chocolate.

A los consumidores que presenten el día 1.º de Agosto 1890 cubiertas de paquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palco para las corridas de toros pasando por el dique flotante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—El del ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

CURA inmediatamente toda
● Clases de Fiebriles y
● Diarreas (de
● los niños,
● de los viejos,
● de los niños)
● Cálera, Tifus,
● Gástricos y cólicos de estómago
● DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

BISMUTO
● Y CERO
● VIVAS PEREZ

● Difterias,
● Tómos (de
● los niños
● y de las
● embarazadas)

LA PRENSA Y EL DESAGÜE DE MINAS.

Nos ha sorprendido agradablemente nuestro apreciable colega *El Mediterráneo* con su artículo titulado «Cuestiones mineras de actualidad.» Deferentes con su indicación diremos hoy algo de lo mucho que puede decirse, empezando por sintetizar lo que hemos dicho estos últimos meses con el epígrafe *Desagüe del Llano del Beal*, insertando íntegras las circulares de la Comisión gestora de cuestión tan importante.

Conviene pesimistas y optimistas en asuntos de la sierra, en que el Llano es la parte más rica de nuestra zona minera y que el agua que paraliza hoy la explotación proviene de depósitos formados en el transcurso del tiempo por las filtraciones de las lluvias, y en tal concepto no constituyen un obstáculo serio de esos que pueden justificar la decadencia en que se halla dicha comarca.

Nosotros participamos de esta opinión, creyendo que las aguas están circunscritas á la capa caliza, y que al llegar á los esquistos quedan en seco las labores.

Nada importaría que así no fuese; no debe decaer que esas aguas las sostengan manantiales de consideración; es posible que esta circunstancia fuese favorable más que adversa siempre que tengamos seguridad en la existencia de la riqueza, y que los canales ó filones descubiertos en muchas minas atraviesan el Llano en la dirección Norte-Sur, canales que han sido reconocidos en varias minas siguiendo el rumbo indicado por otras relativamente distintas, como de la Mendigorria á Santa Catalina de Sena y otras intermedias y siguientes.

Si los Ingenieros y la gente práctica afirma que la riqueza es en esa zona segura,

crea *El Mediterráneo* que no se quedará sepultada apesar de todas las razones que expone en su artículo, y repetimos una vez más, no es la falta de espíritu de asociación la causa que tiene inexploradas aquí muchas minas que con sus rendimientos resolverían problemas del más vivo interés para nosotros; el espíritu de asociación existe, si no se manifiesta culpemos á la viciada organización, á la forma poco correcta é informal con que suelen aparecer esas empresas desde que se inician; á que por este motivo esas clases ricas ó más acomodadas, como dice el colega, desconfían desde el principio si observan envueltas en sospechoso misterio las intenciones de aquéllos que promueven estos negocios; de ahí que el capital sea medroso y que esas personas por caritativas que sean, puedan aparecer indiferentes á las apremiantes necesidades del que no tiene que comer y busca trabajo; todo lo contrario, lamentan de buena fé, y con acendrado patriotismo la emigración que nos desangra, la paralización del comercio y el raquitismo de la industria, faltos todos de aumento en la producción, sin la que los pueblos no pueden progresar en ningún sentido; que el progreso intelectual no se verifica provechosamente si no es consecuencia del material que vigoriza á los pueblos como á los individuos.

Prometemos á *El Mediterráneo* ocuparnos con alguna frecuencia de este asunto, aceptando gustosísimos su valiosa cooperación, convencidos de que así unidos haremos luz sobre el asunto, contribuyendo poderosamente, al llevar nuestra misión en la sociedad, á que cese esa paralización y decadencia de la sierra, ya que afortunadamente no puede envenenar ninguna idea política el levantado propósito que nos inspira una cuestión de indudable interés general en toda la comarca.

Varietades.

LOS AMOS

—(X)—

Tiene razón, el redactor K., autor del artículo «Los criados»: ya no hay sirvientes que se identifiquen con las familias á que sirven, que respeten al «señor» como á su padre, que tengan por madre á «la señora», y por hermanos á los «señoritos», y que consideren como hijos suyos á «los niños de la casa».

Ya no hay criados como aquella «María» y aquel «Pedro» que pintó Fernán-Caballero en «Ella ó la España treinta años há».

El tipo mejor del criado moderno que podemos encontrar hoy, es el de aquella doncella de «La Curée» que «ve, oye y calla»; porque mientras tanto ahorra, duro á duro y peseta á peseta, para librarse algún día de la servidumbre ignominiosa en que vive.

«Menegilda» es tipo moderno.

Pero la dueña Celestina del siglo de oro, y aun la esclava poseedora de secretos inmudos que conocieron griegos y romanos, se han perpetuado hasta nosotros, y aun se han perfeccionado bajo formas propias del día.

Lloremos por la desaparición del antiguo doméstico, amigo más cariñoso, más íntimo, y que nos trataba con mayor respeto que los amigos de la calle.

Pero no creemos que los sirvientes han degenerado porque sí, por una tendencia fatal de su propia naturaleza, por algo inexplicable ó excepcional que los impele hacia abajo,

cuando las otras clases sociales parecen atraídas hacia arriba por una fuerza misteriosa de progresivo mejoramiento.

El criado «antiguo» no existe, porque ha desaparecido el antiguo «amo».

Hoy no veremos á la «María» de Fernán Caballero; pero hay que tener en cuenta que tampoco se ven ahora señoras como la asistente de que María era doncella.

Hoy domina el tipo del criado como el que nos presenta Zola en «La Curée»; pero ¿á qué gente sirve?

Criados y amos de carácter respectivo, tan contradictorio como D. Quijote y Sancho Panza, sólo se ven en la creación maravillosa de Cervantes.

Y aun así, uno hacia el ideal y el otro hacia lo real, señor y escudero eran bonísimas personas, de intachable conducta moral los dos.

Cada casa es una nación en pequeño. Y como sucede en las naciones, señores desapegados nacen siervos abyectos.

En la antigua casa española, los criados formaban un conjunto moral que se conocía con el nombre de la «familia».

En la casa moderna, ese nombre dulce y simpático se ha sustituido con este otro: «la servidumbre».

El criado antiguo se creía de «la familia» de sus señoras, pero era porque éstos empezaban por considerar como de su propia familia á los criados.

El criado antiguo, preciso es confesarlo, no era tan respetuoso, tan rendido, tan tímido en todos los pormenores de la etiqueta de la servidumbre.

No daba las cartas al señor en bandeja de plata, porque, la verdad, el señor tampoco creía que el contacto de unas manos humildes pudieran ensuciarle ó estropearle los sobros.

No se cuadraba delante del amo como soldado ante el oficial.

No callaba como un muerto oyese lo que oyese: era un parlanchín, se permitía observaciones y hasta (¡horror!) disputaba con el señorito mayor, licenciado de la Universidad ó del colegio militar, y aun alamo no se las aguantaba todas.

Con las señoras y con las «niñas» (por aquel entonces no hablamos buscado todavía el equivalente de mademoiselle) no hay que hablar, porque ellas se lo hablaban todo. La señora y sus criadas se pasaban la vida en continua charla y en disputar continuamente.

Todo eso empezó á parecer muy desagradable, grotesco, signo evidente de barbarie nacional, resto de la «democracia frailuna» que, según Varela, constituía la antigua España; y se creyó remediarlo, sustituyendo á los criados de «la familia» española por los típicos, imperturbables y cortesanos servidores franceses.

Esto era más civilizado, y conforme á los intereses y á las tendencias de la meroocracia burocrática de levita y chistera en que se iba poco á poco disolviendo, como la sal en el agua, la zafia y vieja democracia frailuna de los españoles.

Y la transformación se hizo; pero no la hicieron los criados, sino los amos.

Si los infelices no hubieran dado cuenta y hubiesen podido escoger, quizás hubieran preferido á la peseta que sígan hoy, la confianza y el cariño de que disfrutaban en el antiguo hogar, el amor que se les demostraba, la personalidad que se les reconocía, su derecho sagrado á intervenir, y á tomar parte en todas las conversaciones, y á bromear con las niñas casaderas, y á reñir á los pequeños, y á ser, en suma, uno de tantos

con todos los preciosos derechos que tenían como compensación el hermoso deber de sacrificarse.

Pero hoy ¿por qué, ni para qué se ha de sacrificar un criado? Son en la mayor parte de las casas, y ellos lo adivinan, un instrumento viviente de la vanidad de los señores. Se tienen criados como caballos y coches de lujo.

Cualquier señor y señorito se cree rebajado alternando familiarmente con su siervo.

Se los destierra de la sala y del gabinete, una vez que han concluido sus faenas de esclavos.

Se les relega á la cocina. De los cuartos oscuros que suele haber en las casas, uno se destina á los trastos viejos y otro á dormitorio del criado.

En invierno no hay para él más fuego que el de la cocina, y éste suele apagarse por la noche. Sólo en ciertas casas les dan luz.

La despensa se cierra con llave, y la llave se la guarda la señora en el bolsillo, para que si la criada tiene hambre no pueda coger un pedazo de pan y comérselo.

Desde el fondo de su destierro, allá en la cocina, oye cómo bulle y se divierte la tertulia en el comedor, y no puede presentarse allí, sino cuando los tertulianos piden agua ó cuando hay que bajar á abrir, á uno que se retrasa, la puerta de la calle.

La familia suele ir al teatro ó al café, y la doméstica, que es muchas veces una niña de 16 á 20 años, criada en el pueblo, en la dulce intimidad del hogar lugareño, se queda sola, en el piso desierto y oscuro, escuchando los mil ruidos de la noche de invierno y vislumbrando á través del largo pasillo los vagos fantasmas de la sombra...

Y hay más. La señora que no consiente que su hija hable con el novio de balcón á balcón, no tiene reparo ninguno en que el señorito joven permanezca horas y horas en la casa, sólo con la criada de veinte años, mucho más guapa en ocasiones que las señoritas que concurren á la tertulia. ¡Ya se ve! Dejar á la manitorres encerrada con el agua-dor ó con el carbonero sería peligroso, pero ¿con «el señorito»? ¡Ave María Purísima!... El hijo de la señora no tiene tan mal gusto. Y la verdad es que lo suele tener, que desciende á una seducción por lo fácil, siempre repugnante, y cuando esto se sabe al fin, el señorito es un «calaverilla», vamos, que no se crea de él semejante cosa, y la pobre muchacha, perdida y abandonada, es una grandísima bribona que perverte á los hijos de familia.

Alguna vez el niño de la casa se lleva unos cubiertos de plata, que vende ó empeña, y su mamá no los encuentra, como es natural, y se echa culpa á la criada, que se acaba de despedir, porque sí; porque tenía propensión al robo, y la señora la descubrió un día comiéndose una rebanada de pan con manteca, y la sorprendió otro día, antes de salir á paseo, poniendo los polvos en el tocador de la señorita. Y hay denuncia, y proceso, y juicio oral, y prueba, y una acusada que no sabe lo que decir, y un abogado de pobres que defienda á la acusada y que no sabe cómo empezar su defensa, y unos magistrados que no son criados precisamente, sino señores que tienen criados y señoras que les hablan mal de ellos, y luego viene la sentencia por el delito doméstico, un viaje á Alcalá, una estancia en presidio que nunca baja de un año, en convivencia con las mujeres más perdidas.

Criados á los que así se trata no pueden ser como los criados á los que se trataba de modo muy distinto en la vieja sociedad española.